

EDUCACION MUSICAL

EL FOLKLORE COMO ELEMENTO BASICO DEL LICEO RENOVADO

En el cuadro sobre los objetivos generales acordados a la educación musical de Secundaria, incluido en nuestro artículo del número anterior de esta revista, aparece en primer lugar, como elemento básico, el folklore musical.

Esto envuelve una actitud nueva en nuestras prácticas pedagógicas. Ya que la escuela ha permanecido alejada de las proyecciones que esta nueva ciencia puede aportar a la formación espiritual de la juventud.

Se ha pedido a la Historia la tarea de procurar una conciencia política, un sentido de unidad nacionalista y, a pesar de todo el enorme bagaje histórico impuesto en la enseñanza, grandes conjuntos sociales han seguido ignorándose dentro de los límites geográficos de la propia nación.

Hombres de gobierno, intelectuales, habitantes de las ciudades, han vivido muy ajenos, muy distantes y aun como extraños a la realidad de la masa rural y a sus manifestaciones vitales más características. A veces, cuando algunos han solido aventurarse a sostener opiniones sobre el indígena o el hombre del pueblo, ellas han sido generalmente negativas, edificadas sin ningún conocimiento real, fuera de toda validez de juicio.

Para ello ha faltado la ayuda indispensable del folklore.

Toda la intimidad psicológica, los aspectos más auténticos y característicos del hombre del pueblo, se encuentran contenidos en los productos del folklore y pueden revelarnos el acento humano diferencial.

De ahí su importancia para apreciar mejor la realidad presente de una unidad cívica y la necesidad de incorporar su estudio en la etapa educacional escolar.

En nuestro medio no se ha entendido aún una conciencia cariñosa y evaluadora para estas manifestaciones propias del pueblo, en las que podríamos llegar a sorprender lo más típico de nuestra diferenciación.

A un ministro de Educación, que se preciaba de bien informado sobre las cosas populares, de tener conceptos acertados sobre el indígena y el hombre de nuestro pueblo, le oí, hace algún tiempo, afirmar: «El indio no ha creado nada que valga la pena de ser considerado».

La evidencia de su enorme vacío cultural, me obligó a observarle lo extraño de su afirmación y a insinuarle que para comprender el valor de un simple «trarihue», (faja decorada que usan las mujeres y los hombres mapuches), era necesario haber dado la vuelta al mundo, con el objetivo de estudiar los tejidos de los distintos pueblos; que solamente de esta manera, después de un pro-

ceso comparativo, podría llegarse a apreciar el valor de diferenciación universal que tiene un tejido araucano, y que el mismo recorrido de estudio sería también indispensable para poder valorizar los productos literarios y musicales de nuestro hombre aborigen o criollo.

Esa vez no pude menos que imaginar la larga etapa evolutiva que aun debería salvarse para que en nuestra educación pública tuviera cabida el estudio del folklore, para que desde la primera enseñanza pudiera despertarse el amor y la comprensión estética por tantas bellas realizaciones del arte popular en cestería, alfarrería, tejidos, tallados, en poesía, leyendas, danza, música.

La urgencia de considerar más seriamente el folklore, continúa aún como un imperativo. Ciertas prácticas entendidas desde las grandes ciudades, han ido sembrando errores y confusiones sobre el folklore. Las transmisiones de radios, con una preocupación teñida de sentido comercial, han ofrecido a la masa que escucha, cuanto han tenido a mano como folklore. Hora tras hora, música popular, que no es folklórica, canciones de músicos aficionados, a veces remedos de auténtico folklore musical, cantos folklóricos adulterados, teatralizados, llegan a la gente y a los niños, con el prestigio de las empresas emisoras o de conjuntos a los cuales la prensa ha ayudado a procurarles fama de fieles intérpretes del canto vernacular, creando así un problema de complejas proyecciones colectivas.

En un teatro de importancia escuchamos en una ocasión la presentación de un conocido conjunto de cantantes, ataviados de impecables vestimentas criollas. El programa les clasificaba como genuinos cultivadores de nuestro folklore y su actuación consultaba los números más sobresalientes de su repertorio.

Una información preliminar, dada por uno de ellos, nos hizo saber que habían recorrido diversos países de América, haciendo escuchar las canciones auténticas de nuestros campos.

Desde las primeras interpretaciones teníamos la impresión de asistir a una escena lamentable; tal como si estuviéramos en presencia de algunos de nuestros huasos que hubieran tenido la ocurrencia de disfrazarse con modalidades gastadas de cantantes de ópera, a fin de imitarles e impresionarnos con sus «ritardandos», con sus ejecuciones guitarrísticas absolutamente personales, con sus «calderones» y acordes finales de una teatralidad estereotipada en transmisiones radiales.

Esta impresión vino a agravarse aún más con una inconciencia increíble, se nos anunció que iba a interpretarse la canción que se había dado a conocer en los distintos países recorridos como la más típica de nuestro folklore; la que había conquistado los mayores éxitos: ¡el «Ay, ay, ay» de Pérez Freire...!

¡Qué de aberraciones...! El sobrio, gracioso o ingenuo pensamiento musical del hombre de nuestros campos, falseado con afeites y postizos, a causa de la falta de un concepto claro y respetuoso del folklore. Y allí estábamos frente a la evidencia de que este concepto no existía en el grupo de cantantes. La música que pertenece al folklore no tiene autor conocido, ha sido creada por el pueblo

por necesidades espirituales y antes de toda conciencia artística; no necesita de «afeites» de ninguna especie para tener su honda significación expresiva y humana.

Al retirarnos de aquel teatro, no podíamos apartar nuestro pensamiento de las consecuencias contrarias a un noble sentido de cultura que generan manifestaciones semejantes y que ocurren casi diariamente a lo largo del país. Con el contentamiento de empresarios y de tanto público de buena voluntad confinado en el error.

Hecho extraño; el hombre del pueblo crea intuitivamente sus canciones de belleza inconfundible y sui-generis; el hombre de clase más elevada incapaz de hacer lo mismo, se las apropia y las afea restándoles su dignidad expresiva y diferencial.

Todo esto nos ha llevado a incorporar como elemento básico de la educación musical en los colegios renovados el estudio del folklore, no sólo de nuestro país, sino también de todos los países del mundo.

Cada canción comprendida en las unidades de trabajo de los distintos grados, ha sido objeto de una detenida selección; tanto con respecto a su autenticidad folklórica, como a la propiedad pedagógica del texto y de la música.

En la práctica escolar, los nuevos profesores habrán de contar, sin duda, con algunos obstáculos difíciles de evitar en toda renovación. Algunos directores de los colegios o algunos profesores, habituados a ideas y prácticas distintas, se sentirán inclinados a insinuar a veces sus gustos personales en la utilización de material; igualmente los niños ya acostumbrados a ciertos cantos que han dominado. Nada de todo esto, sin embargo, deberá apartar al maestro del nuevo espíritu pedagógico que debe impulsar con conciencia alerta y fervor profesional.

El empleo del folklore en la enseñanza habrá de tener diversas proyecciones que irradiarán en nuestra cultura. Además de servir a la formación de un concepto más realístico de unidad nacional y de las características de las demás naciones, estimulará un mayor sentido de humanidad; porque pocas cosas promueven más singularmente el respeto, la simpatía, el acercamiento humano que el estremecimiento emocional e inteligente que nace del goce estético de esas sorprendentes o pequeñas realizaciones que el hombre del pueblo produce con manos hábiles y júbilo interno.

La proyección estética del folklore que comenzará en la enseñanza como base legítima de materiales, podrá culminar también como florecimiento de belleza insospechada, en las creaciones más diversas, con las cuales los artistas contribuyen al embellecimiento de la existencia y a la superación espiritual.

Esta innovación, envuelve además como imperativo, la creación de la cátedra de Folklore en los establecimientos superiores de enseñanza especializada: en escuelas normales, en el Instituto Pedagógico, los conservatorios de música, escuelas de Arquitectura, de Bellas Artes, de Artes Aplicadas.

Y si esta iniciativa lograra realizarse entre nosotros, evidenciaría la comprensión de una de las exigencias más apremiantes de

orden cultural que el presente nos ha ofrecido la oportunidad de saber escuchar y atender.

CARLOS ISAMITT.

LA MUSICA, EL NIÑO Y EL KINDERGARTEN MUSICAL

Según los psicoanalistas, la obra de arte es «el vaciamiento de la personalidad interna». Tal vez se podría agregar: es la libre, genuina y más fiel expresión de los resortes que mueven el complejo mundo de la inconsciencia, esa máquina poderosa y subterránea que dirige la vida, aflorando en millones de matices al mundo orgánico o de la conciencia.

De la obra de arte, la música es la más vívida, completa y con mayores recursos de exteriorización. La gama de elementos para su expresión es inmensa; su variación infinita; y—sus formas—pueden ser el decir más aproximado del sentir profundo. El lenguaje musical, ya sea en su aspecto creador como de ejecución, es el mundo sin fronteras donde vuela el espíritu. La expresión musical podría, pues, representar en sí, toda una fuerza emotiva hablando su propia lengua.

Ya hemos visto la fuerte influencia que ejerce en los individuos. La reciente guerra nos da su índice. Si pasamos revista a la Europa durante la horrible tragedia que la ha azotado, es la música y las instituciones musicales las que, como rocas graníticas, surgen de todo ese mundo de desconcierto. Es el canto colectivo o individual el que se eleva entre el rugir de los bombardeos. Las poblaciones civiles en los refugios subterráneos se sienten confortadas por alguna de las tantas instituciones corales inglesas que se organizaron en Londres por esos días. Es como si el hombre tratara de huir la realidad al refugiarse en el mundo de la música. Vuelve a repetirse así, a través de mil novecientos y tantos años, esa época en que también los hombres refugiados en el corazón de la tierra, hicieron nacer el «canto cristiano», forma colectiva de organizarse y de tener mayor confortamiento para luchar por la libertad del espíritu. Vemos, pues, a la música reviviendo a lo largo de los siglos en su doble faceta: expresión humana y expresión social.

Y si la música es lo suficientemente poderosa como para hacer actuar y aunar a seres fisiológica y psíquicamente desarrollados, como son los adultos, cabe imaginar su potencia en el campo de la infancia.

* * *

Cada niño es un mundo. Pero un mundo caótico, en el que la joven vida, henchida de fuerza naciente, está respondiendo a cada uno de miles de estímulos. La vida primitiva infantil, precisa